

39
2oj.



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
CAMPUS ARAGON**

**CUATRO ROSTROS MUTANTES DE UNA
CIUDAD QUE ES "TODOS NOSOTROS"**

C R O N I C A

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN COMUNICACION Y
PERIODISMO**

**P R E S E N T A :
DANIEL FUENTES SALGADO**

ASESOR: LIC. JORGE MARTINEZ FRAGA

MEXICO,

1998

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

263198



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A DIOS: Por darme la vida y la oportunidad de llegar a una de las tantas metas que tengo en la vida, rodeado siempre de gente tan maravillosa.

A MI FAMILIA: Por su confianza y la fe depositada en mí. Ahora es cuando comprendo que sin su apoyo, nada hubiera sido posible.

A MIS AMIGOS: Por permitirme compartir con ellos, algunos de los mejores momentos que he vivido.

De manera especial, doy gracias a esa persona tan importante en mi vida. Quiero decirte que a tu lado me siento dichoso; te agradezco el haber llenado de paz y tranquilidad mi alma.

Daniel Fuentes.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

A lo que vamos..... I - IV

Para empezar..... 1

UNA CIUDAD QUE ES "TODOS NOSOTROS" 2 - 13

CUATRO ROSTROS MUTANTES 14 - 50

Alameda Central:

Entre moños y changos hediondos..... 15 - 24

Centro Histórico:

De las campanas profanas a la decadencia..... 25 - 33

Zona Rosa:

Extravagancia, glamour y paseo de "bonitas"..... 34 - 42

Garibaldi:

Cuna de ídolos, rincón de inseguridad.....43 - 50

DESPUÉS DE LOS GOLPES Y PARA REMATAR51 - 52

Fuentes de consulta..... 53

INTRODUCCIÓN

A LO QUE VAMOS:

La noche se tornó insoportable, el andar del reloj penetraba en mis oídos y el ladrido de los perros no me dejaba conciliar el sueño; mis ojos permanecían abiertos y sus pupilas se movían al compás de las sombras.

La inquietud del aire y la luz de la luna se filtraba por la ventana postrándose en mi rostro; el cansancio debido al ajeteo en ese día me tenía muerto y el estrépito de los autos estaba grabado en mi mente. La noche era como cualquier otra; sin embargo, la preocupación que sentía mi pecho por la entrega del proyecto de investigación que se me había encomendado no me permitía dormir.

Las ideas entraban y salían sin pedir permiso y mi cerebro se esforzaba por elegir un tema que fuera interesante y a la vez viable para llevar a cabo mi investigación. De pronto mi cuerpo se iluminó y la avidez de mi rostro apareció; por primera vez le di las gracias al insomnio por no dejar que mis ojos se cerraran.

Sin querer me recordé caminando por los prados verdes y arbolados de la Alameda Central, las emociones que sentía al ser al recorrer las calles y los ecos del Centro Histórico, el glamour y la extravagancia de la llamada Zona Rosa, y el colorido y algarabía de Garibaldi vinieron como recuerdos vivos y tangibles.

Pero, enseguida, mis ojos se desorbitaron cuando todas esas imágenes se convirtieron en una película macabra en donde el protagonista era el miedo, la aglomeración, la inseguridad y la desvirtualización de esos espacios a los que mi abuela y mi madre se referían con tanta nostalgia.

Mis párpados se despegaron cuando el despertador saltó y su campanilla me avisó que era hora de levantarme; en realidad no supe si dormí, lo cierto es que mis ojos se sentían pesados y arenosos.

Fue así como entre vahos desmañados y ojos inyectados, abordé el microbús de la ruta 44 Moctezuma-ENEP Aragón e inicié con paciencia mi trayecto de cada día. Observé ese conjunto de calles, casas y edificios que hacen sentir tan mía a la ciudad de México y vi con tristeza los cambios y mutaciones que se han venido dando en la urbe. Desde el amontonamiento de casas a medio acabar que exhiben las varillas de la esperanza de construir un segundo piso que nunca se construye, hasta el descomunal depósito de anuncios espectaculares, orgullosos de sus barbarismos. Un vocerío sofocado por el *claxon* de los coches, el fragor del periférico y el mercado ambulante de fayuca y pornografía.

Ese circo de mil pistas en el que niños malabaristas disfrazados de payasos y tragafuegos venden sus torpezas miserables, me hicieron mantenerme firme en mi proyecto.

Razón por la cual investigué y ahora presento un tema de interés común en donde abordé las mutaciones y la situación actual en que se encuentran varios de los espacios más representativos de la ciudad de México, titulando mi trabajo: Cuatro rostros mutantes de una ciudad que es "todos nosotros". Crónica.

Al nombrar todos nosotros hago alusión a que la ciudad de México somos cada uno de los entes que la conforman. En ella caben desde el moralista hasta la mujer que vuelve con los rizos despelnados a altas horas de la noche; el existencialista y el bohemio; el homosexual y el homofóbico; el poeta y el comediante; todos ellos forman la esencia de la urbe mexicana. El término de mutante se tomó como sinónimo

de cambio, pues en el texto se explica la formación y variación que se dan en los espacios, o la formación de nuevas y desconocidas formas. Una mutación es brusca, como bruscos son los cambios en una ciudad como la nuestra.

Para tal efecto, pensé en que los lugares que iba a narrar y analizar debían, ante todo, ser representativos de la ciudad, por lo que los espacios que retraté a manera de crónica son: Zona Rosa, Garibaldi, Alameda Central y el Centro Histórico.

Con lo anterior pretendí narrar lugares que sean comunes a todos, que sean representativos de la urbanidad mexicana y que delaten nuestra cultura. Es pertinente decir que las crónicas fueron realizadas con base en una realidad percibida de acuerdo a mi experiencia.

Se analizaron los cambios en la urbe para de esta forma extraer la esencia de la mexicanidad, de tal forma que se pueda plasmar el verdadero rostro de los espacios o lugares que se trataron.

Eligí la urbe pensando en que ésta representa la vitalidad de cada época, la cual se ha reflejado más que nada en las aglomeraciones, en las que las necesidades sociales, vida económica y medios de supervivencia han dejado su huella indeleble.

Ahora bien, ¿por qué presentar a manera de crónicas cuatro rostros de la ciudad de México? La ciudad se vierte en nosotros, ella nos dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en el asfalto de las avenidas, en el andar cansado del viejo y el paso brincado del niño; cada segmento surcado nos cuenta un pedazo de la historia.

La ciudad de México es eso, el carrito de paletas heladas, el policía de la esquina, el balcón de los enamorados prematuros, el robachicos, el pregón del gas, el de la ropa usada y el fierro viejo; es la Iglesia, el parque, doña Juana y don Pepe, el monumento a Cuauhtémoc, el Caballito y el centro con su sangre centenaria escurrida por los aparadores de Tacuba, Madero y 5 de Mayo.

Se utilizó la crónica considerada en esencia como la información interpretativa y valorativa de los hechos noticiosos actuales o actualizados, donde se narra algo, al propio tiempo que se juzga lo narrado y que mucho antes de que surgiera el periodismo como medio de comunicación social, ésta era ya un género literario, en virtud del cual el cronista relataba hechos históricos según un orden temporal.

La crónica, como el género en donde se le roba un instante al tiempo para plasmarlo en un pedazo de papel, logrando con esto revelar y construir a la ciudad.

La crónica, de la cual se me habló durante siete semestres en la carrera de Comunicación y Periodismo y que incluso el programa académico contempla como la materia en segundo semestre con el nombre de Nota Informativa y Crónica noticiosa.

Y la crónica valorizada como el género del que ahora me estoy valiendo para realizar mi Introducción, y la cual te aseguro estás leyendo en este preciso momento.

Sólo me resta decirte que es decisión tuya continuar la lectura o abandonarla ahora que sabes que la ciudad de México somos todos nosotros; al igual que yo, tú eres parte de los cambios y mutaciones de la ciudad, del ayer, el hoy y el mañana de la urbanidad mexicana.

PARA EMPEZAR

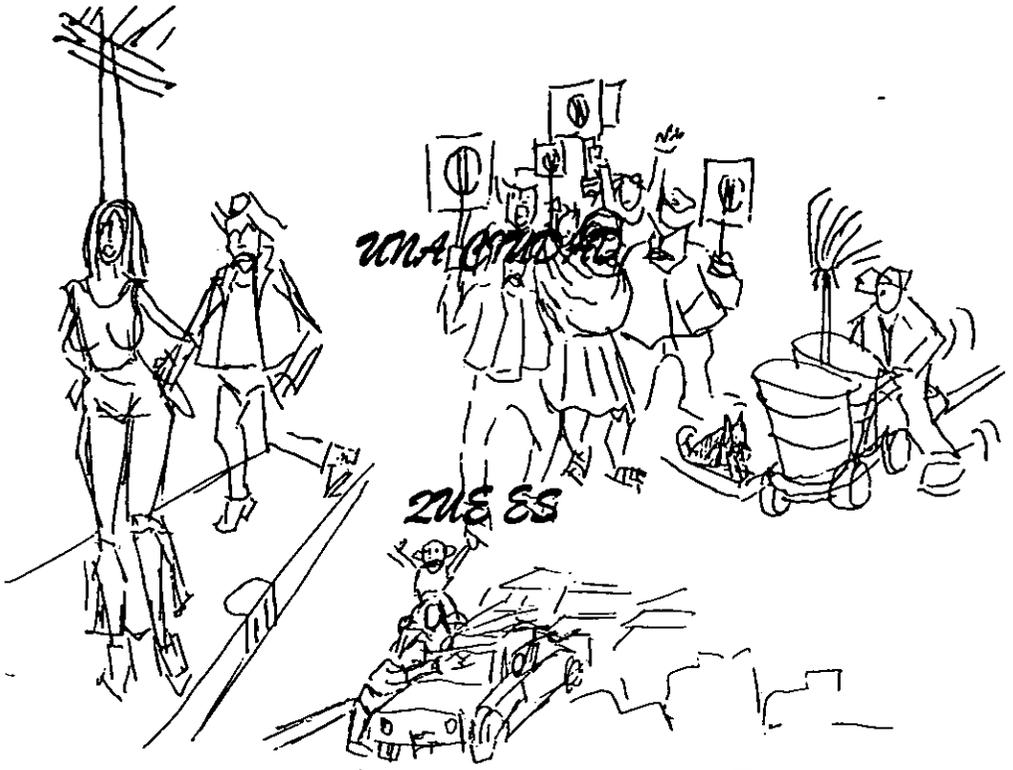
El Distrito Federal, corazón de México, guarda celosamente enormes edificios que abrazan monumentos coloniales y que se construyeron cerca de nuestros vestigios, herencia de una gran civilización: la azteca.

Cuando Hernán Cortés llegó a la gran Tenochtitlan quedó admirado por el sistema de construcción de las ciudades-estados erigidos sobre las islas.

Moctezuma, señor de Tenochtitlan, tenía el mando supremo. Su palacio principal se levantaba en la actual Plaza de la Constitución.

Una vez derrotado a los aztecas, el conquistador mandó a destruir los grandes palacios, y en sus escombros construyó su propia ciudad. Convirtiéndose así en la capital de la Nueva España.

A través de los años, la ciudad de México enfrentó varios cambios. Hoy, la nuestra, es una ciudad plena de historia y leyenda, es un inmenso mosaico de fantasías y derroche de lo humano. Su larga existencia ha querido guardar para sí un poco del pasado; el mundo indígena le heredó algo de sus raíces, mientras que el periodo colonial la sembró de templos, palacios y casonas; la Independencia, el porfiriato y la revolución también aportaron lo suyo, tan sólo para que "el progreso" y la "modernidad" cumplieran su cometido devastador en una ciudad que ha sido y sigue siendo "Todos nosotros".



"7000 NOSOTROS"



CHUCHU FUENTES

*"Tenochtitlan, la grande, el centro del mundo,
donde habitaba el gran Hlaloani, señor de mar
a mar, era como una esmeralda en el centro de una laguna;
una jícara de flores, un nido de colibrí,
el canto de un ave, una pequeña oración;
como las dos manos juntas cuando dicen sí.
Tenochtitlan, el lugar donde las flores abren sus pétalos".*

José Luis Sánchez

Tenochtitlan.

UNA CIUDAD QUE ES "TODOS NOSOTROS"

Estafadores, rateros de combis, gerentes con doble personalidad, asaltantes que roban el mismo banco hasta tres veces, narcosatánicos, corporaciones policlacas que se enfrentan entre ellas a balazos, esposas que se niegan a pagar el rescate de sus maridos secuestrados, crímenes en los que la culpabilidad queda en familia, descuartizadores, barrios bravos, cárceles amables, violaciones, asesinos de periodistas... caminos sin ley en nuestra gran ciudad.

Termino de leer la contraportada del libro "Fuera de la ley" y paso inmediatamente a revisar el prólogo que estuvo a cargo del literato y periodista Carlos Monsiváis, pero me distrae el encabezado de un periódico que dice -"Versión de que los cuerpos en el Ajusco son de los desaparecidos en la Buenos Aires". Comienzo a leer la nota en donde se describe que uno de los cuerpos presenta tres impactos de bala, dos en la cabeza y uno más en el omóplato, otro de los jóvenes probablemente falleció como consecuencia de un traumatismo craneoencefálico, pues se le detectaron en las cavidades de los ojos huellas de una gran hemorragia causada por un fuerte golpe en la cabeza.

Mientras leo, el ruido del televisor me llama y la voz aterciopelada, aguda, casi chillona de Tania Libertad me obliga a voltear rápidamente hacia esa caja de sorpresas, ese retablo enajenante creador de ilusiones que tantas veces ha hecho olvidarme de mis preocupaciones y que otras tantas las ha hecho más pesadas. Vuelvo a la nota del periódico.

OLA DE ESPECULACIONES. Desde la mañana de ayer se especuló que los tres cuerpos son los de los jóvenes desaparecidos en la colonia Buenos Aires. La procuraduría capitalina no ha dado a conocer ninguna información oficial, aunque trascendió que en el lugar de los hechos se encontraron los casquillos de bala calibre nueve milímetros. De acuerdo con las fuentes consultadas, los restos serían sometidos a la prueba del ácido desoxirribonucleico ¿qué, qué? De-so-xi-rr-i-bo-nu-cl-ei-co -prosigo-, para lo cual se tomarán muestras de los familiares de los desaparecidos.

Regreso al televisor y en vez de Tanla me encuentro con la eterna sonrisa de Rebeca de Alba y la recordada y siempre vista nariz de César Costa. Juntos presentan de nueva cuenta a Tanla quien, al compás de la música y acompañada de un largo vestido negro, entona una canción que en los años 40 pusiera de moda Jullo Jaramillo:

Te odio y te quiero
porque a ti te debo
mis horas amargas
mis horas de miel.
Te odio y te quiero
fulste el milagro
la espina que duele
y el beso de amor.
Por eso te odio
por eso te quiero
con todas las fuerzas de mi corazón.

Mientras escucho el tema, pienso en que la letra de la canción bien podría dedicársela a la ciudad de México. Cada uno de los que vivimos en ella la adoramos y la padecemos diariamente.

La padecemos cuando sin querer, pero por obligación, nos enteramos de la oía de violencia que se ha venido dando en algunas de las colonias del Distrito Federal; cuando al regresar después de haber gastado lo de tres días de salario mínimo en un shampoo, pasta dental y jabones para baño en el Aurrerá, nos damos cuenta de que nuestro automóvil ha desaparecido sumándose así, al gran número de autos que desaparecen día con día. La padecemos también cuando al ir por la calzada Ignacio Zaragoza el ensordecedor ruido de los motores, el calor agobiante causado por el embotellamiento, las caritas resecas, mugrosas y hambrientas de los niños que limpian parabrisas y los rostros amenazantes de la gente que tienes a tu lado, te recuerda que los espacios en la ciudad de México, aunque cada vez más grandes, resultan pequeños para el centralismo y amontonamiento que se vive en este concretado lugar. Y qué decir, cuando un viernes por la noche queriendo llegar a descansar a nuestra casa después de una larga jornada de trabajo, nos topamos con un descomunal número de coches, *claxones* dementes y rostros sudorosos que luchan por salir de esa selva en la que la Ley del Tali3n se deja ver a cada segundo.

La ciudad de México, si bien es cierto, es una de las más grandes del mundo, se ha convertido también con el paso del tiempo en una de las más contaminadas, abominables, apresuradas e inseguras.

Sus habitantes, debido a las condiciones que se le presentan, han creado un sistema de autodefensa en su afán por sobrevivir, de tal forma que se ha convertido en una especie de urbanosaurio que cada día y minuto a minuto, toma rasgos más distintivos.

El urbanosaurio es fácil de distinguir, es cualquier habitante de la urbe que debido al humo, los contaminantes del aire y los modos de vida en el Distrito Federal tiene

características que lo harían acreedor a un premio por legitimidad de la raza:

Oídos: mugrosos y polvorientos debido al ollín que les entra proveniente de las fábricas, comercios y los taxis, micros, camiones y uno que otro chimeco que transitan por las calles. Son capaces de soportar el bullicio de más de 200 personas que se encuentran en alguna estación del metro a cualquier hora del día, y la respiración cercana y caliente, pero nada excitante de cada uno de los rostros de la gente que va a su lado, pegada, casi enterrada a su piel como las garrapatas a una res.

Ojos: inyectados, explosivos, lagrimosos y desorbitados, acostumbrados a ver miles de personas distintas diariamente; rostros que padecen, que sufren, lloran, gritan, se lamentan; rostros disfrazados y maquillados, resecos y maltratados, pero sobre todo rostros que han aprendido a vivir con la esperanza de amanecer cada uno dentro de su reducido espacio.

Ojos que observan callados la extorsión que el policía ejecuta sobre el joven que vende chicles dentro de un vagón del metro; que miran el desalojo de gente que ocupa terrenos que no son suyos en ciudades perdidas; la aprehensión del obrero que debido a lo agudizado de la crisis y a la falta de empleo se decidió a arrebatarle la bolsa a la señorita que noche a noche se gana el dinero con el sudor de su cuerpo en alguno de los miles de bares que existen en este encendido valle.

Pupilas que se dejan arrastrar por los humos; las luces como luciérnagas, el caos, la prostitución, la drogadicción con su cocaína democratizada, los negocios redondos entre delincuentes y judiciales; los vendedores ambulantes, la violencia, la denigración del cuerpo y la corrupción de un sistema político y religioso.

Ojos que miran a su ciudad repleta de bardas pintadas, edificios, banquetas, basureros, bares, tiendas y escuelas convertidas en campos de acción del narco, en las cuales las mafias realizan sus operaciones económicas y ejecutan a sus rivales, albergando en la ciudad los grados más elevados de violencia e inseguridad.

Manos: ágiles, casi siempre oliendo a cuero de volante o a pasamanos de transporte público. En el caso del hombre, meticulosas y rapaces cuando el apretujamiento del metro las dirigen hacia la cadera de alguna de las chicas que llevan la falda de ilkra dejando ver sus desnudos y bien formados encantos; también son ágiles para sacar del bolsillo alguna cartera que según ellos no luce bien dentro de esa bolsa; rápidas para golpear al conductor de enfrente cuando después de habersele atravesado le recordó a su madre; casi invisibles para sacar un billete de 20 pesos y poderse disculpar con el patrullero por haberse pasado la luz roja del semáforo y hacer que la viejita de 80 años, de piernas acucilladas que pasaba la avenida, la caminara como cuando tenía 15; y rápidas para sacar la pistola y amenazar a la gente que va en el microbús y golpear o asesinar en caso de resistencia.

El caso de las mujeres es igual, excepto que ellas en lugar de poner las manos en alguna cadera (muy pocas veces se da el caso) las utilizan para bofetear al pelado que, según ellas, las ultrajó.

Pies: por lo regular son olorosos y arrugados debido al sudor y al calor, pero sobre todo a las grandes distancias que se recorren caminando; cuando es más rápido caminar que enfrentarse al tráfico y los embotellamientos propios del Distrito Federal.

Resulta pertinente afirmar que para lo que más son útiles los pies es para correr en caso de querer ser asaltado o para perseguir y golpear en caso contrario.

Padecer a la ciudad de México es muy fácil, sólo basta recorrer sus calles para ser tragados por sus humos, por su ruido, su gente y sus constantes cambios.

Es paradójico, pero con todo lo que se odia a la ciudad, también se goza y sabemos que todos los que habitamos en ella la hemos adoptado al grado de sentirla nuestra.

Más que odiar al Distrito Federal, dentro de nosotros ocurre una especie de sentimiento ambivalente que nos hace al mismo tiempo amarlo cuando de pronto una tarde de cualquier día, salimos a la calle y el aire se nos restrega e impregna en la piel recordándonos que la esencia de una ciudad no reside en que se altere o no su espíritu.

A la ciudad de México la quiero cuando camino alrededor del lago de Chapultepec que, aunque artificial, anida en sus fondos los recuerdos de ilusiones, añoranzas y sueños fundados en la unión familiar y en la paz; tranquilidad y felicidad que sienten cada uno de los niños que van sostenidos de la mano de sus padres, brincando y comiendo parte de su algodón rosado o sacando burbujas de su frasquito de gerber con agua de color azul que su padre les compró.

La gozo cuando, junto con mis amigos, en algún rincón que en ese momento sentimos nuestro, compartimos vivencias, alegrías y tristezas, escuchando la sonrisa o el consejo cálido que da consuelo e inunda de paz.

La adoro cuando paso por el Ajusco, el Pedregal o San Ángel y palpo el basalto de origen volcánico que guarda en sus formas el alma del Xitle, y percibo bajo mis pies los centros ceremoniales de Copilco y Cuicuilco, mientras que el aire húmedo arrastra la voz de Facundo Cabral quien dice "Amo a esta ciudad porque aquí amé y fui amado", y observo el rostro de la anciana que pasa a mi lado orgullosa, casi altanera de

saberse sobreviviente a las situaciones, injusticias y cambios que ocurren a su alrededor.

Yo, al igual que Cabral, amo a la ciudad y nunca ceso de emocionarme ante los placeres inusitados que me obsequia.

La ciudad de México tiene tanto que ofrecer; es como un menajure hecho por la mujer que siente estar perdiendo al ser amado. Los ingredientes son variados y, juntos, logran que hasta el ser menos interesado caiga a sus pies.

Esta pócima en conjunto es nuestra casa, en la que despertamos diariamente, en la que reímos, lloramos y nos enamoramos.

La ciudad de México es su gente y sus lugares; es el Templo; el Exconvento del Carmen con sus dos cúpulas recubiertas de azulejo de Talavera; el Museo Diego Rivera que guarda obras creadas por el pincel y el ingenio de tan grandioso artista; el Jardín Hidalgo con su algarabía de comerciantes y parroquianos que pasean presurosos por las calles y el parque Luis G. Urbina, con su inmenso reloj proveniente de Zacatlán, Puebla, con su carátula formada a base de flores y flanqueado con sus dos fuentes, parque que con el paso del tiempo ha sufrido severos hundimientos al grado de ser reconocido como "parque hundido".

Es el Teatro de los Insurgentes con su mosaico veneciano que da vida a la figura del popular "Cantinflas" uniendo a ricos y pobres; el Templo de Santa Catarina y los Viveros de Coyoacán con sus exposiciones de floricultura y venta de plantas de ornato.

El Museo de la mujer de "El pincel de la angustia", Frida Kahlo, en donde vivieran ella y su esposo Diego Rivera; el Convento de Churubusco con sus viejos pasillos y habitaciones; el Monumento a la Revolución y el Imponente,

majestuoso, altanero y restauradísimo Ángel de la Independencia.

No pueden faltar el Palacio de Bellas Artes que a los lejos se mira como una gigantesca obra de arte y de cerca se ve como la misma obra de arte, pero aún más hermosa, gigante e imponente; la plazoleta de "El Caballito" y el Museo Nacional de Arte; el Edificio de Correos; la Catedral Metropolitana; el Palacio Nacional y el Templo Mayor; la Plaza de Garibaldi y el estadio Guillermo Cañedo, antes Azteca, donde miles de fanáticos desgarran sus cuerdas vocales tratando de ser escuchados por su equipo preferido.

Uno nunca deja de emocionarse cuando recorre esa arteria majestuosa, que forma parte del México moderno de grandes edificios de cristal, centros financieros, hoteles, tiendas y prostíbulos al aire libre, que es el Paseo de la Reforma; ni cuando se camina por la Plaza de las Tres Culturas y se aprecia la conjunción de esos tres elementos arquitectónicos pudiendo así apreciar diferentes etapas en la historia de nuestra afligida ciudad.

Las emociones son aún más intensas cuando eres parte de los millones de peregrinos que visitan la Basílica de Guadalupe para implorar y exprimir ante la imagen de la Virgen, sus remordimientos, esperanzas y miserias; y cuando gritas, cantas y observas los movimientos y la euforia de los miles de personas que con prisa entran al Palacio de los Deportes para ser partícipes de algún acontecimiento.

Cuando recorro las calles del Distrito Federal quisiera asegurarme de que es el mismo día con día, pero no, la ciudad varía, es multifacética, sus ecos y voces cambian; sus fachadas, sus vehículos y su gente.

Desde hace algunos años la ciudad de México vive una nueva época de "juvenilización" de sus costumbres y sus

manifestaciones sociales. La expresión de este hecho está a la vista en las bardas pintadas, en la letra de la música y los miles de jóvenes que las interpretan. Ahora los ídolos de los jóvenes son otros jóvenes que entonan letras en donde las constantes son el aislamiento y la falta de objetivos. Jóvenes que descargan su oculo en las discotecas, bares y cantinas del Distrito Federal.

La ciudad lenta y apacible se ha olvidado; ahora es una ciudad ultrarápida, enorme; en los recuerdos han quedado los nombres de cotorras y cocodrilos que los habitantes de la urbe daban a los autos; las ballenas y delfines, como se conocía a los autobuses.

Todos aquellos que formamos parte de la ciudad hemos sido testigos de sus cambios; desde la desaparición de los camellones y tranvías, hasta la construcción de vías rápidas como el periférico, el circuito interior y los ejes viales en donde transitan autos que en un día de suerte se devoran en segundos a la ciudad.

Cuando uno se aleja del Valle de México lo extraña, aun con su dureza sabemos, los que lo compartimos, que el Distrito Federal es único y lo que lo hace así es su gente, su contaminación, su inseguridad, sus bares, mercados, tianguis, centros comerciales, tiendas y farmacias. Sus pocas áreas verdes y sus inmensas tablas de concreto, sus tradiciones y fiestas.

Creo que cuando los aztecas, después de haber caminado durante años decidieron asentarse en el valle y construir su ciudad, lo hicieron porque sabían de antemano que era un lugar mágico y, los que ahora vivimos aquí, lo seguimos sabiendo.

Aún con sus defectos, la ciudad de México alberga en su alma la esperanza del mexicano de salir de su pobreza; el

sueño del niño por estudiar y llegar a ser un gran maestro; la ilusión de la mujer que lucha por mantener unido su matrimonio y dar el ejemplo a sus hijas. Eso es en esencia la ciudad de México, un mosaico en donde la esperanza, los sueños y las ilusiones convergen en un mismo punto, haciendo de sus habitantes, gentes que han aprendido a vivir en medio de la carestía, la adversidad y, más que a vivir, a sobrevivir de la mano de ese monstruo con mil bocas que es el Distrito Federal.

La voz de Tania ya no se escucha; bueno, a decir verdad tiene media hora que calló, no la pude escuchar con atención, pero tengo que reconocer que su voz es única, como única es la ciudad de México.

CUATRO

ROSTROS

MUTANTES

ALAMEDA CENTRAL

Entre moños y changos hediondos

La mañana aún es tranquila; sobre la avenida Juárez y el Eje Central se dejan ver varios niños, desde los que limpian parabrisas y venden chicles hasta los que saltan y dan maromas con un rostro que no es el suyo, disfrazados de "El Pelón" como ellos conocen al expresidente Carlos Salinas de Gortari. A mi lado se encuentra el suntuoso y señorial Palacio de Bellas Artes que me presume orgulloso su mármol de Carrara, tenayo y buenavista, su enorme plafón empíomado con sus nueve musas, el maravilloso telón con el esplendente paisaje de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl formado por un millón de piezas de cristal. Se vanagloria e idolatra por sus más de 60 años de vida guardando en su interior a los más grandes artistas y los majestuosos murales de José Clemente Orozco y Diego Rivera; pero sobre todo presume a sus guaruras; fuertes e imponentes se miran los cuatro pegasos que vigilan como fieles guardianes a todo aquel que atente contra tan bello palacio.

Después de media hora de estar admirando uno de los más hermosos ejemplares de la arquitectura de la ciudad y agradecerle una vez más al arquitecto italiano Adamo Boari el proyecto de tan vistoso edificio, observo mi reloj y me cercioro de que es hora de abordar el autobús que me llevará e introducirá a través de una visita guiada por uno de los jardines más conocidos y concurridos de la ciudad de México. La Alameda Central.

La cita fue a las 10:30 de la mañana y, a pesar de que ya solamente faltan 15 minutos para las once, el camión no llega; la gente que se ha congregado afuera del Palacio de Bellas Artes se ve impaciente; el joven que lleva la revista Tiempo

Libre la dobla, la guarda y la vuelve a sacar para volver a checar la hora y el lugar que se expone en la publicación; la pareja de novios, ya sin platicar, corta hojas del jardín y las presiona fuertemente hasta que se vuelven sólo tinte verde; los padres que van con su hijo lo reprenden porque avienta una canica y la persigue acercándose mucho a la avenida.

Sin darnos cuenta aparece un camión que por su aspecto más bien parece un juguete gigante, sus colores amarillos, verde y rojo, sus pasamanos dorados y su gran volante contrastan con la imagen malhumorada y desmañada del conductor que con esos lentes humeados da el aspecto de mafioso mal pagado.

A un lado, casi arrinconada se encuentra una señorita enchongada, de traje sastre azul y unas zapatillas negras que desentonan el atuendo; poco a poco el camión se va llenando, el último en abordar es un señor cuyo aspecto es más de sueño que de ganas de conocer más de lo que sus ojos ya conocen.

Inicia el recorrido y la señorita se levanta y da los buenos días al tiempo que nos agradece nuestra presencia; su voz se escucha turbia confundándose con el avispeo que se oye dentro del camión provocado por las voces quedas y entremezcladas y con el ruido del motor de los coches que desenfundados atraviesan por el lugar.

La voz arrastra unas palabras que no comprendo bien, al instante que su uña larga y de color rojo señala el jardín, comenta con su voz de sabia:

"Este hermoso jardín ha sido mudo testigo del crecimiento y desarrollo de la ciudad de México a través de casi toda su historia colonial, pues como el paseo y el lugar de esparcimiento más importante de la Nueva España, vio desfilar

ante sus jardines a importantes personajes, poetas, damas distinguidas, elegantes caballeros, humildes peones y gente del pueblo que lo convirtieron en el punto de reunión por excelencia”.

Al escuchar esas palabras “punto de reunión por excelencia” me doy cuenta de que el único aspecto que sigue guardando con fiereza la Alameda es éste, y es cuando casi con pánico recuerdo la última vez que visité la Alameda Central; aún siguen presentes el amontonamiento de individuos que observé en aquel paseo dominical, en aquella tarde soleada en la que decidí iniciar esta crónica.

La Alameda Central sigue siendo un punto de reunión, un hormiguero en el que no hay reina, una familia fanfarrona en la que no hay distinciones; los poetas y las damas distinguidas al igual que los personajes importantes y caballeros distinguidos han desaparecido.

El jardín aún sigue lleno de gente, pero hoy en día es una gente nueva, uniforme, encalada, chaparra, de faldas brillosas, blusas con olanes o leyendas musicales y medias que contrastan con el zapato de hule o la zapatilla mal moldeada. Rostros morenos y resecos, ásperos por el sol, cabellos crespos y rojizos se detienen con el moño rosa, amarillo, rojo o verde agua, que entre más grande y alto luce más atractivo. Labios de carmín ceboso que pinta los dientes, pero no unos dientes blancos, sino recubiertos por placas de fierro, porque aunque no sé la causa, dos de cada dos personas que transitan por la Alameda llevan consigo, arraigadas e incrustadas a su sonrisa, las llamadas “coronitas”.

Atravesar “ese hermoso jardín” como le llama la señorita guía es toda una travesía, es introducirse a un tianguis infernal en donde se une gente de todo tipo: homosexuales, chacales, indigentes, sirvientas en día de descanso, artistas frustrados, albañiles que buscan la aventura y rateros que encuentran la

oportunidad, mimos, payasos, parejas clandestinas, cantantes anónimos y hasta una que otra "Tantasia hecha mujer", como dijera Francis.

La voz de la señorita se escucha cada vez más clara, sobre todo cuando explica que en el centro de la plazuela estaba el brasero donde eran quemados los condenados por el Santo Oficio; lo anterior hace que en lugar de conmovirme o reflexionar sonría para mí mismo pensando en que tal vez la gente que en este tiempo se pasea por el Jardín sean las almas en pena de las más terribles brujas, no en balde el aspecto y el olor.

El camión cada vez me parece más placentero e incluso me he olvidado de la gente para saborear las palabras y conocimientos de la señorita de las zapatillas negras.

"Su fundación data de finales del siglo XVI, debido a la iniciativa del Virrey don Luis de Velasco II. Para tal efecto, se dispusieron unos terrenos pantanosos que se encontraban frente a la ermita de la Santa Veracruz y se le dio un espacio cuadrangular en el que se plantaron gran cantidad de álamos, hecho que le valló el nombre de Alameda entre la población. Su crecimiento fue paulatino; en 1539 ya contaba con una pila a manera de fuente; en los primeros años del siglo XVII se le dotó de puertas y accesos; entre 1769 y 1775 adquirió su extensión definitiva en forma rectangular, conteniendo en su interior andadores desde los que se podían admirar cinco fuentes".

Por más que trato de olvidarme de la gente y sus estragos, al acordarme de la condición en la que encontré aquel día todas las fuentes del Jardín, siento vergüenza por lo inconsciente que somos la mayor parte de la población cuando egolstamente destrozamos todo lo que se encuentra a nuestro paso.

Da tristeza el sólo imaginar que el hermoso Jardín que inspiró a la mismísima emperatriz Carlota a mandar poner pasto y rosales por todos los alrededores, ahora se ha transfigurado de tal forma que ha adoptado una faz maligna que logra conjuntar a esos cientos de personas que entre sudores, risas y olores a fritangas, elotes, pepitas, quesadillas, hot cakes y fruta picada que se entremezclan, encuentran cada domingo precisamente lo buscado, pues su visita no es ocasional. El Jardín ofrece a sus visitantes tardes de pueblo urbanizadas, tardes en las que el kiosko se llena de individuos que además de bloquear la avenida Hidalgo, cantan al compás de grupos mundialmente desconocidos como "Tropa Loca", "Cachimba". "Dumas", "Tecolotes"; alaridos dispersos con el zumbir de las bocinas voladas y el movimiento de los labios de la gente que a pesar de no haber escuchado nunca antes la canción que se toca, la cantan creyéndose el artista homenajeado.

Los álamos que en su tiempo le dieran el nombre a la Alameda hoy sirven como sombra abrigadora para los cientos de comerciantes que exhiben su mercancía. Los boleros que por 5 ó 6 pesos dejan tus zapatos rechinando de limpio; doña Juana con sus frescas y exquisitas paletas; el señor Leobardo que aunque casi no vende exhibe sus óleos en platitos; y doña Luz a la que sus elotes no le alcanzan para los muchos que quieren disfrutar de su sabor.

La música es algo imprescindible en la Alameda; cassettes piratas y grabadoras mal entonadas tocan himnos masivos al compás de:

**"No rompas más mi pobre corazón
estás pegando justo enténdelo,
si quiebras poco más mi pobre corazón
lo harás mil pedazos quíbrelo"**

Este himno inspira a los portadores de las botas callizas y enlodadas a sacar el billete de 10 pesos y pagar sin duda por tan preciada "obra".

A la Alameda, este himno ni le va ni le viene; ella sigue rompiendo mi corazón, permitiendo que sus fuentes secas con asientos verdosos sean rodeadas de individuos mal vestidos, de miradas abrigadas, cabello en gajos por el sudor y la falta del baño; pero sobre todo con unas ganas infinitas de ligarse a alguna de esas jovencitas de encajes y risas escondidas que las hacen aún más vistosas.

**"La del moño colorado
me trae todo el día mareado
me trae todo el día mareado
la del moño colorado"**

Es la canción que se oye en otro rincón no muy lejano, mismo en el que se encuentra el joven de manos rejas y encajadas, observando y guiñándole el ojo a la señorita del moño verde, pero que en realidad en ese momento los dos lo ven rojo. Ella se eleva hasta los límites de lo inconcebible sintiéndose en ese instante la musa inspiradora de la canción y causante de los mareos del joven que, experto en conquistas, llega hasta el lugar en donde ella se encuentra para, media hora más tarde, aparecer llevándola de la cintura y comiendo cada quien su respectivo elote bañado en rica mayonesa, queso harinoso y chile plúin.

Los Jardines de la Alameda Central se encuentran atascados de jóvenes que se revuelcan a besos y exhiben su desenfrenada pasión ante quien tenga tiempo de verlos; no falta también el adolescente que sin afán de encontrar observa los fondos y las piernas cortas de las muchachas que giran en el pasto olvidándose de las manchas verdes que puede ocasionar esto.

El sol clarea la tarde en la Alameda; las escenografías de flores, paisajes y caballos para tomarse la foto dan al Jardín un aspecto de feria.

Por otro lado, los puestos de revistas que se encuentran en el interior exhiben portadas para adultos "Play Boy", "Hustler", "Macho Tips", "Boys and Toys", son algunas de las que muestran caderas descubiertas, muslos blandos y torsos belludos que incitan a los jóvenes al encuentro ocasional, al apetito sexual, pero sobre todo a la masturbación gratuita.

Es difícil de creer, pero dentro de la Alameda existe un tipo de clasificación o división de grupos entre las muchas señoritas que pasean alrededor de las fuentes en ese paseo dominical.

Existen las soñadoras; aquellas que visten con atuendos de niña, moños, calceta y zapato bajo, que llevan la esperanza de encontrar en el amontonado Jardín al hombre que las saque de trabajar, las mantenga y les dé su apellido, además de los hijos que Dios les quiera mandar; las más atrevidas son las que llegando al Jardín se maquillan más de la cuenta, visten falda corta y medias oscuras, con un cuello lleno de medallitas de fantasía con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Un "look" que les da seguridad para sonreír sin mirar a cuanto joven pasa. Los pasillos de la Alameda son como pasarelas, en las que los modelos pasan y las luces de las cámaras congelan las sonrisas encoronadas y escondidas en la espalda de la amiga, mientras presumen los zapatos nuevos y el moño enredado en sus cabellos resecos.

Las que presumen de cultas se llevan su libro para leerlo bajo la sombra de un árbol; con lentes sin aumento pero que les dan un aire de intelectualidad revisan con avidez los pasajes que recorre la protagonista de la historia "Amores

ocultos" y las soñadoras, moralistas y utópicas ideas de Carlos Cuauhtémoc Sánchez en su libro "Juventud en éxtasis".

Ese lugar favorito de paseos dominicales, de placidez, frescura, calma y reparadoras pausas, ha desaparecido. El Jardín hoy luce como un lugar inhóspito que aguarda en sus bancas el sueño frío, incómodo e intranquilo de vagabundos que clandestinamente duermen, esperando a que los despierte algún guardia para repetirle lo que noche tras noche le dice: "Está prohibido dormir en la Alameda".

El Jardín se viste de excesos, su pasto, sus árboles, sus fuentes huelen a alientos fétidos, a cuerpos sin desodorante y a pieles que no han tocado el agua por días. La atmósfera que rodea al Jardín se percibe como una creciente invasión causada por toda clase de comercios y puestos nauseabundos que lo convierten en un mercado ambulante.

La Alameda también es famosa por sus "jotos", "leandros", "putos" o "illos" como les llaman los niños indigentes, los que por 20 ó 50 pesos aceptan sin condiciones ir a bañarse con los homosexuales que en coche o a pie dan vueltas por la Alameda buscando impávidos a algunos de los infantes que viven en el Jardín.

La señorita guía lleva hablando un buen rato; no sé cómo sabe tanto, pero según ella los gobernantes en turno fueron embelleciendo el espacio gradualmente; durante los años treinta se construyeron en el extremo oriental del parque unas pérgolas que supuestamente iban a ser para la venta de flores y que estaban dentro del plan general de Adamo Boari para integrar el Teatro Nacional al conjunto urbano. Las pérgolas fueron sucesivamente café, galerías de arte y dieron cabida a la enorme Librería de Cristal hasta 1975 cuando la Alameda fue remodelada.

Para finalizar el recorrido pasamos por el Hemiciclo a Juárez; la señorita ya casi sin ganas nos explica que este monumento se levantó en 1910, para las fiestas del centenario; el imponente Hemiciclo a Juárez está realizado al igual que el Palacio de Bellas Artes en mármol de Carrara y es obra del arquitecto Guillermo Heredia; se erigió donde antes estuviera el famoso Pabellón Morisco.

Al bajar del autobús lo primero que hago es introducirme al renombrado jardín y es como me doy cuenta que entre semana el jardín es más tranquilo y despejado; sin embargo, la Alameda paga la penitencia por los pecados que cometen en ella sus moradores.

Tal parece que sus guardlanes como el Hotel Cortés, el Museo de la Alameda, el Franz Mayer, la iglesia de San Juan de Dios, el templo de La Santa Veracruz y el Palacio de Bellas Artes no la han cuidado y protegido como deberían.

En el Hemiciclo a Juárez no se alcanza a distinguir la figura del Benemérito de las Américas y los ángeles coronándolo se encuentran abarrotados entre varillas que anuncian la remodelación de tan gastado y sucio monumento. Lo único que se deja ver sobre las blancas columnas son mantas con las siglas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Los árboles, algunos ya secos, extrañan las tardes tranquilas y padecen diariamente los recargones y apretujones que se dan los novios bajo sus hojas.

Los pasillos de la Alameda aún arrastran envolturas de chicharrones y papas fritas, botellas de agua purificada y latas de refresco vacías.

El aire que se respira es más fresco que en domingo y pienso que si la emperatriz Carlota aún viviera, seguiría

adorando el lugar, ya que pocos jardines de la ciudad encierran tanta historia, oculta entre añosos árboles, fuentes, esculturas y andadores que se niegan a sucumbir ante el movimiento y el olvido que impone una sociedad que se considera "moderna".

Centro Histórico: de las campanas profanas a la decadencia

A ver tráguense ésta:

El águila devorando una serpiente sobre un nopal fue la señal para fundar México-Tenochtitlan en ese mismo sitio: un islote en medio de un lago; así nació el gran Imperio Azteca en 1325. Los soldados españoles, bajo el mando de Hernán Cortés, llegaron en 1519 y quedaron deslumbrados por el esplendor y la riqueza de la ciudad más grande del Nuevo Continente. A pesar de la heroica defensa comandada por el emperador Cuauhtémoc, fue conquistada en 1521. Sobre sus ruinas y aprovechando las mismas, se construyó la capital del virreynato de la Nueva España.

Templos y conventos ocuparon casi la mitad del área urbana, ahí se fundaron la primera imprenta de América y la primera Universidad; y su bella arquitectura colonial le valló a ese espacio el título de "La Ciudad de los Palacios".

* * * * *

Mientras escribo con mi pluma *Bic* (que por cierto no sabe fallar) mi yo interno -o sea mi conciencia- me dice, ya párale no, si tu intención no es hablar y decir lo que no muchos, pero sí algunos de los que van a leer la crónica, ya saben. O tal vez sí lo vas a decir y caer en lo mismo que todos, pero no lo hagas tan abiertamente, parece monografía.

Ya no es necesario que digas que el Centro Histórico constituye el espacio público de mayor tradición e importancia en los anales de la nación, y que lo rodean, por tres de sus lados, el Palacio Nacional, los edificios del gobierno del Distrito Federal y la Catedral Metropolitana. Que es el lugar en donde se congrega la gente en las festividades tales como: ceremonias religiosas, semana santa, fiestas del 15 de septiembre y, en ocasiones, es también, sede de grandes problemas políticos y manifestaciones estudiantiles; siendo en suma el lugar donde el pueblo se reúne para mostrar su regocijo o descontento.

Ni que les recuerdes que fue fundado en 1325 y que por sus calles han desfilado edificios, monumentos y personajes célebres por sus más de seis siglos de historia.

O que su plaza se convirtió en un símbolo nacional, considerada como una de las más grandes del mundo, formando parte del centro político de México al situarse dentro de lo que fuera el corazón de la antigua ciudad de Tenochtitlan, y que a lo largo de su atropellada historia, en su entorno vio crecer y transformarse a la ciudad.

Ni tampoco que en el lugar en que está situado el Palacio Nacional, recinto del poder político por excelencia, se encontraban las casas de Moctezuma II, para después convertirse en solares que Hernán Cortés reservó para su residencia, y que posteriormente las autoridades virreynales establecieron allí el palacio de los virreyes.

O que el Centro Histórico es un lugar cargado de tradición, de recuerdos y de bellos monumentos que hacen honor a la gran ciudad de México.

No eso no, ni palabras cursis como:

"Conocer el Centro Histórico es conocer el corazón de los mexicanos" (o tal vez, si al referirse al parecido lo hacen en referencia a que los dos están igual de cochinos); ni "El Centro Histórico es patrimonio de la humanidad" o "Visita el Centro y enorgullécote de ser mexicano", no; esas frases ya son hechas; haz algo tuyo, real, tangible, pero más que todo creíble, algo como:

"Haz como todos, ven a orinanrte al Centro"; "Si quieres que te duela la cabeza y te chillen los ojos ven al Centro"; "Quieres rascarte los sobacos, mientras ves pasar a un hormiguero de gente ¿en dónde?, pues en el Centro"; "Sigue ensuciando y destruyendo el Centro, visítalo".

Y así te podrías seguir más de una hora, pero bueno, no digas tu intención mejor escríbela.

* * * * *

Agárrala del centro, apriétale en el centro, písale en el centro, recorta el centro; éstas son algunas de las frases que escuchamos diariamente, como si el centro fuera lo único que existiera en un todo.

Un círculo tiene centro; una mesa tiene centro; nuestro cuerpo tiene centro (el ombligo) que por cierto, al igual que todos los centros, los apachurramos y lo apretamos, pero nunca lo atendemos ni prestamos atención.

El Distrito Federal también tiene un centro conocido como el Centro Histórico de la ciudad de México; y de la misma forma que nuestro ombligo, lo apretamos y lo apachurramos, pero con la diferencia de que a éste también lo gastamos, lo pisamos y destruimos a tal grado que lo hemos convertido en un lugar inhóspito y maléfico. Lleno de gente con ojos

desorbitados que deambulan casi por inercia tratando de rescatar sus pasos para que no sean arrastrados y confundidos con los de otros.

Niños malabaristas que avanzan entre tumultos y empellones sin mirar por dónde pisan, con un andar rápido, como una manada de mil bestias que respiran smog regresándolo en una especie de baho fétido.

Panal de mil salidas por el que emergen grupos con distinta imagen, que en un instante se vierten en una misma fórmula. Como los ingredientes que se utilizan para la creación de algún perfume; algunos son fuertes y otros débiles; algunos hostigantes y otros tenues, casi sublimes; sin embargo, todos unidos dan vida a una sola y única esencia.

Así, durante años el Centro Histórico ha sido la probeta en donde un sinfín de individuos se agrupan para dar forma a ese espacio.

Una esencia que desde hace años es la misma, un Centro con olor a orines y a sudor, descuidado, repleto de pintas y puestos miserables, gente que vende y compra, que grita y ríe, camina corriendo o anda despacio; repasando con unos ojos confundidos cada uno de los cristales de las tiendas que contienen la ropa, los aparatos eléctricos, los productos de belleza, la joyería, alguna fina y otra de fantasía.

Gente maloliente que transita despreocupada, vagabundos por un día que recorren viendo todo y nada en especial. Lugar de mil aparadores que exhiben de todo; punto de congregación; de salida y meta para la mayoría de las manifestaciones que se realizan en la ciudad.

Individuos que se cansan y se deleitan caminando por Bolívar, Mesones, Regina, 5 de Febrero, 20 de Noviembre, Donceles,

República de Cuba, Allende, Tacuba, Palma, Artículo 123, Izazaga, Corregidora, Correo Mayor y Carranza.

Gente perfumada que presurosa se dirige a su casa después de ir de compras o de un cansado día de trabajo; damas y caballeros de rostros sudados, explosivos, como la sangre o como el rojo de las banderas de huelga que tantas veces se ven en la Plaza de la Constitución.

Niños que esperan ansiosos la luz roja para limpiar el parabrisas del señor, que enojado y a gritos lo echa para abajo, hartos los dos de la espera en medio de esa catarata de autos en la que se ahogan.

Indigentes que eructan mientras se rascan "el plito"; mujeres desparramadas que cargan la bolsa sobre sus hombros mostrando sin pudor sus axilas percutidas.

Yo sé que tal vez valdría la pena hablar, por ejemplo, de la historia del Colegio de las Vizcaínas, del Palacio Nacional, del Claustro de Sor Juana, del Nacional Monte de Piedad, del Museo de la Ciudad de México y del Museo del Templo Mayor; éstos, sólo nombrando algunos de los muchísimos lugares que el Centro ofrece; pero cada uno de los que vivimos en la ciudad de México sabemos que muy pocas veces al Centro se le visita para conocerlo. El Centro Histórico es visitado por los mexicanos solamente para aglomerarlo y ensuciarlo más; sabemos que ir a él es convertirnos en una hormiga de ese hormiguero, en donde todo lo que se busca se encuentra.

Aún así el Centro Histórico grita su historia tratando de ser rescatado, pero su llanto no se escucha, sino se palpa; sus gritos son silenciosos como los llantos del embrión dentro del útero de la madre.

Grita en silencio con los ecos de su historia contenida en sus paredes, sus pisos, museos, su Plaza de la Constitución, el

Gran Hotel de la ciudad de México, en el Nacional Monte de Piedad y el Sagrario; en el antiguo Arzobispado, el Museo de las Culturas y la Antigua Imprenta; en la Academia de San Carlos y el Templo de Santa Inés.

La historia del Centro Histórico está guardada en cada una de las más de 40 cortinillas guindas que resaltan sobre la alargada fachada del Palacio Nacional que está combinada en cantera, tezontle y chiluca. Retenida en la Catedral Metropolitana con sus ostentosas fachadas que resguardan las esculturas de los apóstoles y los hermosos relieves que muestran a la Virgen de la Asunción, patrona del edificio. Sabiéndose no solamente el más vasto edificio religioso de toda la América colonial, sino también un museo de arte, pues su construcción tomó 240 años; y así guarda ejemplos de todos los estilos que se desarrollaron en ese lapso.

* * * * *

Caminar por cada una de las rutas que ofrece el centro de la ciudad de México es irse impregnando de una cultura e historia que aunque vasta y rica, ha sido debastada por el tiempo; el Centro Histórico flota del naufragio rescatado por la Casa de los Azulejos -convertida ahora en Sanborn's- que sostiene que en tiempos de la Colonia un acaudalado señor, exasperado por la vida de disipación que su hijo llevaba, le reprendió diciéndole: "¡Hijo, tú nunca valdrás nada, ni harás casa de azulejos!", esta reclamación, distinta a todas las que el padre sistemáticamente le hacía al muchacho, finalmente logró que éste enderezara su conducta.

Es salvado y llevado a la orilla por el Templo y Claustro de San Francisco, el Palacio de Iturbide, la Casa Borda, la Profesa, el Casino Español; sus cafés "La Blanca", "Tacuba" y "Trevi", que esconden dentro de sí las juntas de más de tres grupitos de

sexagenarios que buscan en el olor a café con leche y los bisquets, las añoranzas y el furor de su juventud.

Pero con todo esto y por más que trata de sobrevivir, todo parece indicar que el futuro del Centro es el de ser recordado solamente como un enorme tianguis; un macromercado en donde el que asiste se inunda de infinidad de tentaciones.

Visitarlo y caminar por sus calles es inundarse en un mar de ofertas. El Carmen con sus juguetes; Guatemala con sus telas; Venustiano Carranza y sus artículos deportivos; República del Salvador y sus instrumentos musicales, 5 de Febrero con su ropa para dama; Artículo 123 con sus aparatos electrodomésticos; Victoria con sus lámparas y República de Chile y Belisario Domínguez con sus vestidos para novia y XV años; son sólo pocas de las muchas opciones que te impulsan a comprar.

Ecos que se sumergen en los tímpanos y que se recuerdan durante todo el día: "Hoy no se va a llevar ni uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, sino cinco platos por 35 pesos, y además, en la compra de sus cinco platos, se va a llevar una, dos, tres, cuatro cucharas y dos tenedores gratis"; "Pásele güerita, cualquier vestido 50 pesitos"; "Joyería Montecarlo le ofrece por reinauguración un 30 por ciento de descuento en todos sus artículos y además llévate bonito regalo sorpresa".

Sobre la plaza es de fuerza encontrar a varias decenas de vendedores ambulantes que ofrecen globos, helicópteros que vuelan con sólo jalar un hilito, pelotas con cintas de colores, cassettes y tostadas de harina azul que por sus nopales, queso y salsa roja se parecen a las banderas que ondean sobre la plaza y algunas edificaciones.

Gritos transportados hasta los rincones más recónditos de la Plaza: "Si quiere lucir el peinado que sacó Thalía en 'María la del Barrio', señora sea inteligente, no pague treinta pesotes

por un solo peinado en el salón de belleza, en este día se va a llevar cuatro peñadores profesionales con los que usted se va a poder realizar más de cien peinados por solamente 10 pesitos; 10 pesos a la una, 10 pesos a las dos, 10 pesos a las tres”; mientras los gritos se dispersan las señoras creyéndose astutas y aprovechando la gran oportunidad sacan su billete, al mismo tiempo que piensan en lo guapas y elegantes que van a lucir en los quince años de su ahijada “Rosisela”.

La plaza parece un collage enorme, que lo mismo sirve de mercado, salón de belleza o restaurante, que de parque en donde los niños alrosos juegan con sus patines y bicicletas; otros alimentan a los clientos de palomas que revolotean en la plaza, mientras algunos piden limosna tocando un acordeón que apenas aguantan, o exhiben solamente su cara miserable y mugrosa. La plaza se ha convertido en un sitio de biclitaxis, en donde los edificios lucen como aparadores gigantescos que muestran a finales de enero las flores de nochebuena y los adornos navideños con que nos deleitamos en diciembre.

Con unas letras muy visibles y llamativas pegado a la pared manchada y deteriorada de la Catedral se encuentra un letrero que dice: “Como la Catedral es el monumento más importante del Centro Histórico se prohíbe el ambulante”; esto para los comerciantes no significa nada, ya que lo mismo se venden postales que veladoras, imágenes religiosas y gorditas dulces de maíz.

Enfrente de la Catedral la gente ha encontrado un espacio para protestar, en donde de igual forma se realizan plebiscitos o se inician marchas. Mantas blancas con letras negras y rojas que anuncian: “Marcha por la paz en Chiapas, del Ángel al Zócalo, ¡ya basta señor presidente!”.

Periódicos locales, “La Extra”, “La República” y “El Monte Diplomático”, entre otros, acusan al sistema político; playeras que muestran al Ché Guevara y al subcomandante

Marcos haciendo señas obscenas para quienes no apoyen el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y altavoces que imploran a Cárdenas cumpla con todo lo prometido durante su campaña, son algunos de los cuadros que adornan la bella edificación metropolitana.

Los cilindrereros poco a poco han ido olvidándose; las espaldas encorvadas con el instrumento amaderado que hacían de los días atardeceres nostálgicos, día con día se van extinguiendo.

A lo lejos sólo se oye el cascabeleo y el retumbar de los tambores, mientras el incienso impregna el aire de un olor hostigante. Pies cansados que brincan más por necesidad que por alabanza; soles aztecas que se reflejan mostrando su mestizaje.

El Centro Histórico aún sigue ahí, aparentemente firme, como los senos de la señorita que se prostituye cada noche sobre Circunvalación; esperanzado como el albañil que con su letrero, "trabajos baratos, tirol y enyesado", casi escondido en una esquina espera ser contratado; voraz como muchos de los policías que dirigen el tránsito sobre el Eje Central Lázaro Cárdenas y sumiso cuando María Félix le dice que apesta a orines; pero ante todo, viejo y ruinoso como los ancianos que caminan por sus calles con los sueños y añoranzas que aunque ya perdidas los mantienen vivos.

ZONA ROSA:

**EXTRAÑAGANCIA. GLAMOUR Y PASEO DE
"BOMMAS"**

Primer acto

Caminas sin rumbo, tu alma empañada y tu sombra lánguida se confunden con la noche. Tú, guerrero de las sombras, caminas a sabiendas de que eres observado; tus ojos abiertos semejan dos luciérnagas que con el paso de las horas se irán extinguiendo. Sigues tu paso y te detienes, muestras tu virilidad y te satisfaces, tu juventud es el costo y tu cuerpo la mercancía que cualquiera de los adquirentes quisiera tener en su cama.

De jeans ajustados y playera ceñida al cuerpo que dejan ver su excelente proporción; sexoprestadores o "chichifos", el término no importa, jóvenes bien parecidos que noche tras noche deambulan por las calles y avenidas aledañas a la Zona Rosa buscando dar satisfacción al mejor postor.

De medias negras de red que disimulan casi perfectamente las pieles gelatinosas; cabelleras largas y onduladas como bosques perfumados que incitan a la aventura; rubias que se disfrazan de morenas y morenas que se tifen tratando de ser rubias; nalgas como montes gigantescos con faldas minúsculas que las descubren; pechos destapados que muestran las venas como avenidas por los que transita fuego y rostros borrados por el maquillaje.

Trabajadoras de la caricia erótica; mujeres de la vida galante; palomas, rameras, suripantas, prostitutas o putas a secas, esperan ansiosas en sus esquinas la mano que las llame para hacer uso de sus caricias.

Óxford, Londres, Florencia, Berna, Hamburgo, Génova y Niza sirven como escaparate para llenar las necesidades de aquellos que acuden a los bares y cantinas que se encuentran en estas calles buscando nuevas experiencias.

Unos y otros caminan por las calles, salen al Paseo de la Reforma; recorren la avenida Insurgentes y vuelven a las calles, mezclándose con la gente abandonando la desolación y dejando a lo lejos las luces como luciérnagas para penetrar como todos los demás noctámbulos a ese espacio de luces, ruido, música y voces en el que encontrar cliente es más fácil.

Patrullas van y vienen vigilando las calles en donde las actitudes clandestinas reinan sin que nadie pueda detenerlas. Camionetas policíacas llenas de cuerpos que en el transcurso a la delegación van quedando vacías, y carteras con placa que se van engrosando con billetes de 20 y 50 pesos proporcionados por el temor que sienten los detenidos.

*** * * * ***

Tú, anciano, rodeas las calles citadas; tus carnes agudas se reavivan con el simple hecho de pensar que sentirás el cuerpo y las caricias de una piel rozagante y joven, hasta el punto de creerte de la medida y con el porte de los maniqués que durante el día se exhiben detrás de los cristales luminosos en muchas de las tiendas de la Zona Rosa.

La noche aún es larga y tú, sin prisa, bajas de tu coche para envalentonarte tomando un trago en alguna de las cantinas y bares que se ofrecen cálidos como los brazos del amigo lejano.

Sales del Anderson's, con la frente y las mejillas rosadas, los ojos brillantados y los suficientes tragos para buscar con avidez la mercancía que esta noche saciará tus deseos.

Por fin encuentras lo que tanto ansiabas y das rienda suelta a tu apetito; la persona elegida corre hacia tu auto con gran viveza y se monta en él. Tú, con malicia, lo miras como un Dios pensando en que el precio solicitado queda por debajo de su apariencia física.

Después de unas copas más en el bar Milán terminan en alguno de los hoteles que desfilan con júbilo por el Paseo de la Reforma, dejando atrás el porte y la calidad de cinco estrellas para convertirse en simples hoteles de paso.

Segundo acto

*** * * * ***

A lo lejos se ve un grupo de jóvenes, todos ellos vestidos con ropa de marca, imitando perfectamente las combinaciones que se muestran en las tiendas de moda; mostrando su celular, algunos desactivados, pero confiriéndoles cierto prestigio.

Voces que se mezclan discutiendo el lugar en el que gastarán su dinero y desahogarán su ocio; caras bonitas que se transforman cuando su petición no es aceptada.

Después de más de un cuarto de hora entran en el Celebration. Aún no penetran en el lugar cuando el olor a perfumes mezclados, pero de buena calidad, perforan sus fosas nasales.

Piernas largas; pantalones a la cadera que dejan libre los ombligos; zapatos de plataforma, tops, collares en el cuello, camisas brillantadas y carteras que poco a poco se van gastando por los tragos del destilado de moda que les permite

ser otra persona totalmente distinta, con otra personalidad, que sonríen sobreactuando sus expresiones, desinhibiéndose al grado de bailar y moverse como nunca antes lo habían hecho.

El calor dentro del lugar es agobiante, los rostros sudados se van haciendo cada vez más encendidos; botellas de tequila y brandy; cubetas de hielo y vasos que chocan cada vez más seguido caldean los ánimos. Ojos cálidos que buscan el instante preciso para mirar a la joven que dos horas antes entraba sin mirar a nadie, pero que a consecuencia del tequila, ahora contrae su pelvis contra su novio que sin frenarla la besa haciéndola lucir más atractiva en lo que ella sube "su noche".

Las luces brillan mientras el ruido casi ensordecedor de la música que se toca hace que los jóvenes bailen de una forma parecida, casi robotizada, con un movimiento de cuerpo que es el mismo durante todo el transcurso de la mezcla que se escucha.

Así es como entre risas, música sin sentido, pero que enciende, y pláticas gritadas, los jóvenes terminan con su tiempo gastando su energía y su dinero cada fin de semana dentro de un lugar de diferente nombre, pero con el mismo "ambiente".

*** * * * ***

Mientras tanto en la calle los tarjeteros, con tal de atraer clientes a los establecimientos para los que trabajan, ofrecen a jovencitos menores de 18 años que te ballan y acarician en privado por 150 y 200 pesos. En cada semáforo que rodea las calles de la Zona Rosa se dejan ver a más de tres tarjeteros que vorazmente te arrojan por la ventanilla propaganda de bares y cantinas convertidas en prostíbulos. La gente en las

calles camina presurosa, dentro de los bares las chicas del "table dance" bailan deslizando su sexo sobre un gran tubo, incitándote al desenfreno y esperando ser contratadas para bailar en privado.

Tercer acto

*** * * * ***

Altiva y pretenciosa, pero insegura y traicionera, te muestras orgullosa; tus guerreros te vigilan vanagloriando tu egoísmo.

Cristóbal Colón, Cuauhtémoc, el Ángel de la Independencia y la Diana Cazadora son mudos testigos de tus cambios de piel, de tu nuevo look, de la imagen multifacética que muestras cada noche.

Pero ¿por qué Rosa? Ni tú misma sabes; mucho se ha discutido de quién fue el que te bautizó con ese nombre y muchos son los periodistas, artistas y miembros de la mafia los que se han disputado ese dudoso honor; dudoso no por el honor, sino por el color, ya que últimamente no eres rosa sino roja.

Atrevidamente te muestras sin mostrarte; sabes de antemano que en los años cuarenta aún eras un distrito residencial y parte importante de la colonia Juárez, que en aquél entonces guardaba a las más encopetadas familias de la bella época de la ciudad de México.

Fulste reina; tus elegantes restaurantes, tiendas, hoteles, bares y cabaretes compitieron en exotismo y glamour en el mundo de la diversión nocturna.

Contigo se abrieron pretenciosos restaurantes y cafés, algunos de vida efímera. En tus calles Niza, Génova, Amberes, Londres y Florencia se establecieron polos de atracción turística y

gastronómica que lograron que la ciudad de México presumiera de ser una de las grandes urbes con mayor número de restaurantes de gran clase que saciaban el apetito y los gustos de turistas.

En tus entrañas guardas el recuerdo de aquellas juntas de intelectuales, estudiantes y artistas que en la Rana Sabia compartían el ambiente, la lectura de obras, trabajos literarios y las pinturas que se exhibían en sus muros.

De ti se ha dicho que eres ilegítima, malinchista, pretenciosa, amanerada, caprichosa, snobista y mojigata; pero a ti no te importa, tú sigues ahí mostrándote diariamente.

Vicente Leñero, quien fuera tu amigo, dijo de ti que eres un perfume barato en un envase elegante, una provinciana en traje de corista, la hija de un nuevo rico que quiere presumir de mundana, pero que regresa temprano a casa para que papá no la regañe.

Dijo que eres guapa, pero tonta y elegante, pero frívola. Tanto se ha hablado de ti hasta el punto de decir que no conocerte, no visitarte es "no estar en el ambiente", es perderse de lo mejor que tiene la ciudad de México. Visitarte, en su efecto, es encontrar una caja llena de sorpresas; con tus artistas callejeros, tus esculturas y tu gente, tu mucha gente.

Pero sabes que hoy en días has cambiado, te muestras vieja, miserable, dura; tu autoestima no deja mostrarte como antes, ahora te muestras desnuda y embriagada.

A pesar de tus modernos edificios y centros financieros, que conviven en sorprendente armonía con las añejas construcciones porfirianas, convertidas en boutiques, galerías, tiendas de artesanías y restaurantes, tus espacios y andadores acaparan instintivamente a 146 cantinas, 12 centros table dance y 9 discotecas que alojan a su vez a más de mil

tarjeteros; además de una gran y estratosférica cantidad de travestis, homosexuales, "chichifos" y prostitutas.

Pero ¿por qué Rosa? Lo primero que imagino es que como cada ciudad tiene su Zona Roja tú, hipócritamente y con la ayuda de tus moradores que abrieron paulatinamente prostíbulos disfrazados de estéticas y bares, te vislumbraste más tenue, con un color menos encendido; una prostitución e inseguridad *light*, menos pesada o más bien menos escondida.

La otra opción que existe para justificar tu nombre es que noche tras noche se juntan en tus calles grupitos de hombres amanerados que se mueven y se contonean queriendo exhibir sus pantalones entallados y sus cabellos acomodados cada uno en su lugar. El rosa es femenino, como femeninos son los jóvenes que se deslizan haciendo alarde de su condición sexual, habiéndose de "mana" y "manita".

La última opción, pero no por ello la menos afortunada, es que no sé qué tienes, que logras que la gente que te visita se transporte a un mundo en el que ir de compras, sentarse en la terraza de un café a observar la fascinante variedad de peatones que te recorren, ballan y cantan con el tema de moda y beber la copa platicando con tus amigos, cambian el color de tu vida, a una vida de color de rosa. Es gracioso, pero el solo hecho de estar contigo eleva el nivel de mucha gente que hoy en día tiene acceso a tus encantos.

En el olvido has dejado aquel ambiente juvenil que trataba de inscribirse en alguna corriente de moda, como los hippies, onderos existencialistas, intelectuales y juniors de la capital, que se daban cita noche a noche para departir las diferentes formas y gustos de distracción. Aunque aquella tradición no la has perdido del todo, hoy tu gente es muy diferente; tus comercios siguen siendo un buen lugar para encontrarse con los amigos en una comida informal o de negocios; tomar la copa o el café en alguno de los Sanborn's, Vips y Lynn's que te

Invadieron y hasta encontrar pareja en el clásico "Igue" de fin de semana; ya que además de dormir noche eres una especie de madre alcahueta que permite que sus hijos hagan y deshagan a su gusto.

En tus andadores transita la pareja de novios que ataviados buscan el mejor lugar para cenar; dudosos miran el "Café Reforma"; pasan sin mirar "La Tirana"; voltean hacia el "Café Toledo"; ignoran "El Chato"; se imaginan dentro de "La Calesa de Londres" y "El Mediterráneo"; se asombran ante "Luah", "Tezka", "Angus Butcher House", "Les Moustaches" y "La Mansión", para terminar en el "Cava Baja" en donde se ofrece una exquisita comida mexicana y botana, con más de 170 variedades de tequila.

También caminan gustosos el grupo de amigos que entre el relajado y la algarabía se olvidan de la hora, para desatar sus ganas bailando y bebiendo al compás de la música que se toca en los populares y conocidos "Mecano" y "Celebration"; sin condición recibes a los que sólo gustan de beber el trago y escuchar buena música en tus bares "Museo Frida" y "Radio City".

De día vives un ir y venir intenso de innumerables personas que se dirigen a su centro de trabajo o pasean disfrutando todos tus atractivos; desde tu Plaza la Rosa, con sus pisos esplendorosos y tu Plaza del Ángel, en donde cada sábado se establece un tianguis con antigüedades y artesanías de todo tipo, hasta tus bellas galerías "Arvil", "Aura" y "Maren", que guardan a su vez hermosas obras de arte.

De noche te vistes de gala, te maquillas preparándote para recibir a todo tipo de gente; de igual forma recibes a la niña que pega corazoncitos en la ropa o regala flores a las damas, para enseguida cobrárselas al acompañante, al turista que observa sin disfrutar los excentricismos y a los homosexuales

que, después de luchar por la apertura de más espacios, se introducen a lugares exclusivos como "El Taller" y "El Antro"..

Zona Rosa, de noche te enciendes; tus miles de ojos y voces llaman al desenfreno, a los excesos, a la aventura; pero tu diversión ahora es insegura con el incremento de la violencia, la delincuencia y la prostitución. Poco a poco te vas apagando, descansando de una noche larga, cansada y movida, que se esfuma para esperar a los primeros visitantes del siguiente día que, saliendo del metro Insurgentes, chocan con los últimos moradores que salen con el cutis marchito y la boca seca, pero con el orgullo de saberse amigos tuyos.

Garibaldi: Cuna de ídolos, rincón de inseguridad

Antes de realizar esta crónica tuve muchas dudas acerca de cuál sería la opción más acertada para resaltar los cambios que ha tenido la "noble y fiel" ciudad de México.

Pensé en muchos lugares; el primero de ellos fue Tepito, ese tanguis descomunal lleno de fayuca y pornografía. Otra idea que vino a mi mente fue hacer una crónica sobre la transformación que se ha venido dando en Coyoacán, pasando del romanticismo y los paseos a pie, a convertirse en un lugar lleno de merolicos, ambulantes y jóvenes azoplottados que exhiben su adicción a la mariguana.

El último de los lugares en que pensé fue en Garibaldi, porque además del pleno desconocimiento que tenía acerca de la plaza, consideré su cercanía con los otros lugares que ya había narrado. Pero yo creo en el destino y a mi parecer lo que me pasó es digno de ser contado, tal vez no es precisamente una crónica de Garibaldi, aunque tal vez sí, ya que los hechos sucedieron exactamente dentro de ese "Guadalajara en chiquito".

No quiero contarles lo que me pasó para que se compadezcan de mí, pero sí resaltar que lo que a continuación se relata es sólo lo que en alguna noche, de cualquier mes, en algún lugar, y a cualquier persona que habita en esta desaforada, tumultuosa y precipitada urbe le puede pasar.

Para empezar quiero decirles que a mis veintitantos años, nunca había visitado Garibaldi, eso a pesar de que vivo relativamente cerca. Había pasado por ahí, incluso había visto

por la televisión dos o tres reportajes acerca de la plaza; además de haber leído una crónica de José Alvarado donde se relata el aspecto de la plaza durante los años cincuenta. "Por la noche los mariachis llenan la calle, desparramando al aire libre sonos jaliscienses y michoacanos que más o menos púdicas señoritas escuchan desde los automóviles, mientras en las tabernas hay mozos que discuten la desesperanza al calor de los ponches de granada con corazones de nuez y viejos, que, todavía, arreglan enfáticamente la República, ensordecidos con el tequilla de perilitas. La plaza de Garibaldi ve pasar, entre los focos de los puestos de té de canela con alcohol y las pequeñas llamas de las vendimias de discutible barbacoa, de heterodoxo pescado frito y de pambazos tristes, a conscriptos desbalagados, mozas del partido, poetas inéditos, adolescentes vagabundos, andróginos, cancioneros de tangos o de quejas yucatecas, mecánicos, existencialistas alborotados, estudiantes y meseras".

También sabía que Garibaldi es considerado el centro vernáculo por excelencia, un lugar bravío en donde se dan cita conjuntos de mariachis para ponerse al servicio de clientes que buscan sólo escuchar música o llevar la serenata. Sabía que su origen data de los inicios de la década de los años veinte, cuando por el rumbo existieron algunas carpas populares en donde se forjaron artistas y músicos nacionales.

Sin embargo, a mí no me satisfacía sólo el haber leído y visto por la televisión la plaza de Garibaldi, por lo que decidí, junto con dos de mis amigos, Taydé y Víctor, conocerla.

La cita fue un sábado del mes de diciembre, que para quien lea este escrito dentro de veinte o treinta años, les diré que corría el año de 1997; durante un mes en el que los lugares se atascan de gente que trata de despedir el año embriagándose y divirtiéndose para iniciar el año venidero con "una nueva vida".

Al encontrarse con el Eje Central Lázaro Cárdenas de Inmediato se dejan ver a decenas de mariachis con trajes negros, blancos y guindas, acompañados de guitarras y sombreros de charro que les dan el aspecto de tachuelas, abalanzándose contra el coche, tocando con los nudillos blancos por el frío la ventana, que sudada esconde los rostros de los habitantes de la "nave".

Al descender del auto, casi instantáneamente los pulmones se impregnan de un olor a alcohol, a esquites, ponche, papas fritas y café que se venden dentro del lugar, que a primera vista parece tranquilo, pero conforme te vas introduciendo te cercioras de que ese mundo, ese espacio que por sus fachadas y su kiosko parece el centro de una provincia, está habitado por la especie más peligrosa, voraz y salvaje que existe, el urbanosaurio.

A lo lejos se oyen el rasquido de las cuerdas que los mariachis dan a las guitarras y el chirriar ensordecedor y agudo de las trompetas que dan forma a canciones como: "Cielo rojo", "El rey", "La última copa", "Sólo tú", "Por un amor", "Paloma negra", "Si nos dejan" y otras más, de entre los cientos que se tocan cada noche.

Ya dentro de la plaza se dejan ver a algunas de las parejas que bailan al ritmo del "Mariachi loco" y a las otras tantas que con Sauza, Cuervo Especial, Herradura, Cazadores, Presidente, Don Pedro, más brandys, más tequilas y un sinnúmero de cervezas, abandonan placenteramente los sentidos humanos para entregarse en cuerpo y alma a la noche, al sentimiento, que tiene por consecuencia la aparición de algunas lágrimas en las mejillas de más de tres adoloridas y a las muecas sobreactuadas de individuos que aunque no conocen la canción la cantan con una voz que nace desde lo más profundo del corazón.

No falta tampoco el enamorado que por cincuenta pesos le lleva serenata a su novia solamente con descolgar el teléfono que se encuentra dentro de la plaza, dejando que su novia se deleite y acaricie sus tímpanos con una melodía de los Dandys, que aunque desentonada por la voz del mariachi, la hace sentirse el ser más dichoso del mundo y la gema que Dios convirtiera en mujer para bien del individuo, que ya bastante ebrio le promete un "amor eterno".

Los niños, ya con la desatención por parte de sus padres, se alejan arrojándose espuma en spray, corriendo por el pasillo del mercado de alimentos "San Camilito", entrando y saliendo por las columnas blancas que se encuentran en la plaza.

Pero, bueno, yo dije que iba a relatar un hecho que me sucedió a mí, pero que no tiene derecho de exclusividad ya que, lo repito nuevamente, esto le puede suceder a cualquiera de los que caminamos o viajamos sobre el mefítico y mutante cuerpo de la ciudad de México.

He aquí la historia:

Después de un buen rato de estar discutiendo cuál sería el mejor lugar para gozar la noche, mis amigos decidieron que el "Tropicana" era el mejor sitio al que podíamos introducirnos.

Con una sonrisa de oreja a oreja y con el nerviosismo de ser la primera vez que nos metíamos en ese mundo, que en aquel entonces era nuevo, entramos como revisando todo, desde las luces, hasta las mesas y los pisos.

Enseguida se acercó un mesero malencarado con un chaleco rojo descolorido y el moño como corbata de lado. Nos preguntó si queríamos mesa y nosotros entusiasmados con tan sutil amabilidad, venida de parte de aquel capataz, asentimos con la cabeza.

A diferencia de otros lugares que había frecuentado, éste tenía un olor algo extraño, a humedad, a sudor y a humo de cigarro; sin embargo, las ganas de una cerveza nos hicieron olvidarnos de la gente y del lugar, que desde el momento en que se pisa ofrece un ambiente pesado y turbio.

Al sentarnos escuchamos la voz en secreto del mesero: "Nada más los molesto con la propina por habertes dado mesa".

Este hecho nos pareció un tanto extraño, sin embargo, Víctor contestó con una sonrisa que delataba sus ganas de empezar a disfrutar la noche: "Ahorita no traemos cambio amigo, pero al ratito que nos vayamos nos ponemos a mano".

Ordenamos tres cervezas que absorbimos como esponjas. Mientras decenas de parejas bailaban contoneándose enardecidas por el calor y el alcohol.

A los cinco minutos llegó el mesero con un aire molesto diciendo: "Se paran de aquí, es que llegó un cliente que va a consumir una botella".

Rápidamente Taydé intervino: "Oye, pero ¿por qué?, si estamos muy a gusto aquí en esta mesa, además de que tú mismo nos la asignaste".

Se paran o los paro, dijo el mesero, retirándole el asiento a Víctor, dejándolo suspendido casi en el aire.

Tratando de ser breve. Les diré que llamamos al capitán de meseros, discutimos; Taydé enojada le llamó hambriento al mesero, nos quejamos de la mala atención, y todo para terminar en una nueva mesa y con otra nueva cerveza, pero ya con la amargura de sentir frustrada nuestra noche.

La música y el baile estaban en su apogeo, nos disponíamos a bailar para disfrutar nuestro desvelo, cuando de pronto llegó el

mesero con una mujer que parecía oso, con un aspecto más hombruno que el mío, el de mi amigo y el de todos los que estábamos en el salón juntos.

“A ver pinche vieja (quero decir que por pudor no pongo las palabras que utilizaron para describir a Taydé), yo no te puedo hacer nada porque soy hombre -hasta eso era caballeroso- pero ella sí te puede partir tu pinche madre”.

Taydé, más que todo, asustada, le dijo que ella no quería problemas, pero en el momento en que mi amigo Víctor se paraba para intrponerse entre las dos, el mesero le propinó un cabezaso que de inmediato hizo brotar la sangre.

Rápidamente y mostrándose casi inocente, mi amigo se lanzó sobre el mesero, sin tomar en cuenta la bola de amigos de él, que ya se encontraban detrás de nosotros. Después de manotazos y gritos, lo último que pude ver es a la “andrógina” o “macho-mujer”, como prefieran llamarle, agarrar la botella de la cerveza -que minutos antes me había refrescado tan deliciosamente la garganta- para estrellarla contra mi cabeza, haciéndome escurrir sobre el rostro la sangre, que aumentó con el segundo botellazo que me propinó el jefe de meseros.

No se distinguía nada, sólo los gritos de Taydé que le decía a uno de los meseros: “Suéltalo maldito marrano, gritaba desesperada, al tiempo que otro de los meseros le torcía la mano hacia atrás para sacarla del lugar”.

Golpe tras golpe, puños que se repetían sobre el rostro de mi amigo y sobre el mío, gente que seguía bailando y otra que permanecía estática sólo mirando.

Gritos que juntos formaban la palabra “baño”, “baño”, que aunque en ese momento no me expliqué qué querían decir, después por los labios de una persona que presencié un hecho igual, me enteré que a la gente la meten al baño, para ahí

adentro golpearla hasta casi dejarla Inconsciente (que aunque más Inconscientes no nos pudieron haber dejado), quitarles el dinero y después botarlos a la calle.

Ya golpeados y después de haber pagado dos botellas, que aunque nunca las conocimos, según ellos las consumimos, terminamos quejándonos en la Delegación. Regresamos después al lugar con una patrulla y dos policías que nos dijeron que no podían meterse al lugar, pero que si queríamos y dándoles para el refresco -200 pesos- podíamos esperarnos hasta las cinco de la mañana, hora en que salen de trabajar los meseros.

Por esas razones, además de que apenas era la una de la madrugada, es que solamente optamos por ir al servicio médico a que me cocieran la cabeza; ahí me explicaron que cada fin de semana llegan dos o tres personas heridas, provenientes de la plaza de Garibaldi.

Tal vez la forma en que se cuentan los sucesos no parecen tan trágicos, pero a quienes no lo vean de esta forma, los invito a que sientan la impotencia y el coraje de ser golpeados, asaltados, terminar con costuras en la cabeza y además sentirse desprotegidos por unas leyes que si no hay dinero no existen. Todo solamente por habitar en una urbe apocalíptica, llena de hechos extraños, sorprendivos e injustos.

!Ah!, pero olvidaba decir que los que llegamos a visitar Garibaldi y terminamos sanos y salvos podemos apreciar las esculturas en bronce de ídolos mexicanos como Lola Beltrán, Javier Solís, José Alfredo Jiménez, María de Lourdes y Pedro Infante.

Aparte de que el "Tropicana" no es el único lugar en el que uno puede divertirse tanto como nos divertimos mis amigos y yo; también existe los salones "Las Espuelas", "El Tlaquepaque", "El Rincón del Mariachi", "El Tenampa" y "El Nuevo México

Típico"; aparte de los más de 20 puestos que entre birria, pozole, barbacos, tostadas, carnitas, caldos de gallina, migas y tamales acogen a los incautos que viven el momento en ese espacio en donde los grillos cantan durante toda la noche.

Después de los golpes y para rematar

La ciudad nos observa callada, no habla, su boca se encuentra sellada mientras caminamos por sus entrañas. En nuestro andar dejamos huellas, y éstas son precisamente las que forman parte de la ciudad de México.

Ella nos recuerda mientras cambia y en sus mutaciones se esfuerza porque algo de lo que vimos y vivimos dentro de nuestra efímera existencia aún siga ahí, vivo y palpitante.

El Distrito Federal se encuentra en agonía, pues en ese ir y venir de generaciones se ha ido acabando y destruyendo, es por eso que a los que aún vivimos nos toca dejar testimonios, y qué mejor testimonio que una que otra crónica sobre la aglomerada y aconcretada urbe.

La ciudad de México es lo que es y se observa como se observa porque ha sido avasallada; su camaleónica piel vive y sigue cambiando al ritmo de la gente que se desliza sobre su cuerpo, que aunque engaña con su aspecto terso, en el fondo tiene más arrugas que los surcos dibujados en los miles de ancianos que han sido testigos, y más que testigos, partícipes de los cambios que a diario sufre la ciudad.

Más que cuatro, cinco o seis rostros, la ciudad de México es cada uno de los rincones que pasan lista en el amontonado valle. Lo que narré es sólo una pequeñísima visión de la enorme gama de fases, y que al transformarse infectan con su caos y su estrépito a los moradores que la habitan.

Peralvillo, Revolución, Insurgentes, Reforma, Chapultepec, Tlalpan, San Juan de Letrán, Guerrero, El

Pedregal, Ciudad Universitaria, Lindavista, Pino Suárez, Tepito, Polanco, Moctezuma, La Doctores, La Obrera y mil espacios más nos tragan eructando sólo la pestilencia; aquélla que respiran los pobladores que logran salir airosos de las agresiones que se desatan en el amurallado Distrito Federal.

La ciudad de México es traicionera; es la madre que nos amamanta para después regalarnos con quien más le plazca; nos cuida, pero nos da el libertinaje de poder andar en cualquier lugar de su monstruosa piel; nos deja dormir cubriéndonos con su manto, para después despertarnos con un cubetazo de agua fría; además de darnos confianza para después atacarnos, por eso y más es que los habitantes de la urbe se manejan a la defensiva y con cautela.

Los que vivimos en la ciudad, sabemos que aunque nuestra, parece cada vez más ajena. Todos los que vivimos en el inhóspito y decrepito cuerpo de la urbe, los que la recorreremos diariamente, la vivimos y compartimos, estamos seguros que, aunque vieja y ruinoso, la ciudad de México seguirá guardando en su seno, con una amabilidad casi escondida, a cada uno de los nuevos especímenes que aparecen diariamente y que están condenados a vivir en este lugar adorablemente abominable.

EPITAFIO: "CIUDAD DE MÉXICO, ZONA DE ALTO RIESGO Y EPICENTRO DE LA DESESPERANZA"

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOGRÁFICAS

Benítez, Fernando

HISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

12 Tomos

Edit. Salvat

Barcelona, 1984.

1456 pp.

Agullar Camín , Héctor y Meyer Lorenzo

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

Instituto Nacional de Antropología e Historia

México, 1988.

Tomo 10, 154 pp.

Monsiváis, Carlos

A USTEDES LES CONSTA

Antología de la crónica en México

Edit. Ediciones Era

México, 1980.

366 pp.

HEMEROGRÁFICA

Aranda T, Flor de María

GUÍA MÉXICO DESCONOCIDO

Descubriendo el Distrito Federal

Edición especial N° 14

Editorial Jilguero

México, 1994

115 pp.